

DESDE 8 AÑOS

Aventuras de Súper Inti y Analfabruja

Teresa Calderón

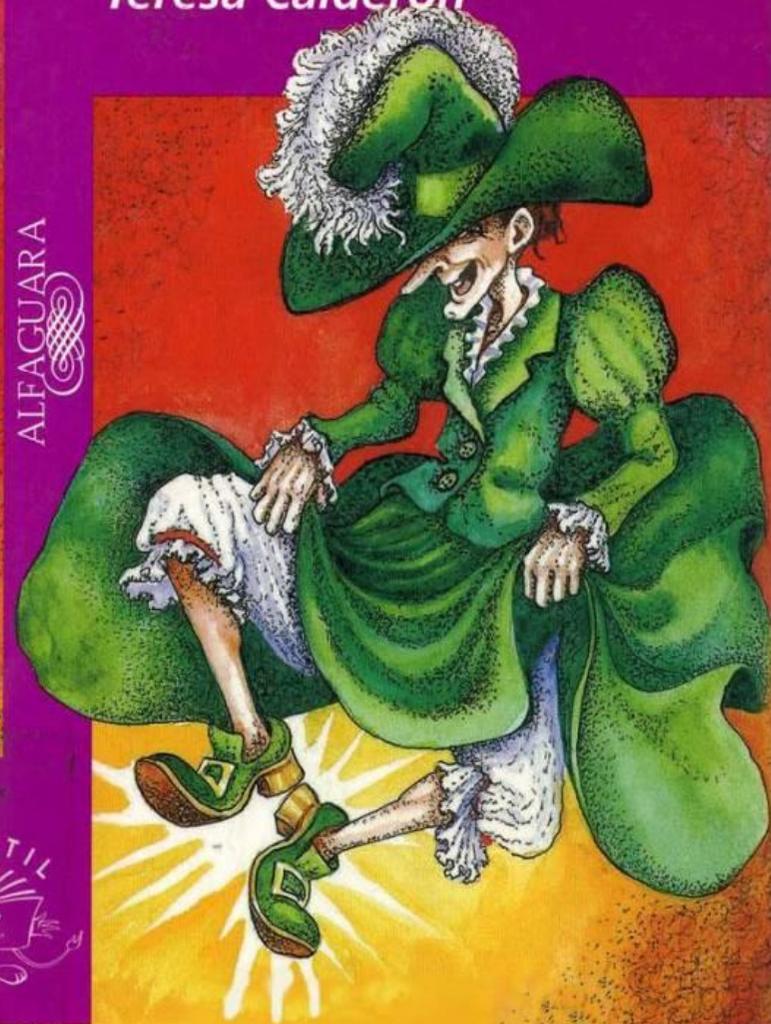
Ilustraciones de Beatriz Concha

Cada vez que Kalinin sueña con la Analfabruja algo terrible ocurre en los días siguientes. Es por eso comprensible que cuando él dice: «Anoche soñé con la Analfabruja», todos lo hagan callar. Esta vez, sin embargo, el sueño de Kalinin traerá consecuencias muy distintas, ya que él y su hermana vivirán increíbles aventuras en un mundo de magia y fantasía que continuará en la segunda parte:

ALFAGUARA

INFANTIL

Aventuras de Súper Inti y Analfabruja Teresa Calderón



Aventuras de Súper Inti y Analfabruja

Teresa Calderón

Ilustraciones de Beatriz Concha

ALFAGUARA


A los duendes tutelares
Alfonso y Lila.
A María Luisa y
Benjamín, duendes sueltos.
A Verónica Rossel,
hada de la Amistad.
A Andrea Viu, mi gratitud.



Los sueños de Kalinin

—Anoche soñé con la Analfabruja. Se calzaba sus zapatones dorados y hacía chocar los tacones tres veces hasta que saltaban chispas.

—Mala señal —dijo la mamá con voz preocupada cuando Kalinin habló a la hora del desayuno.

Kalinin, «el niño terrible», había dicho una vez el abuelo Ponchito, porque cada vez que soñaba con la Analfabruja, algo muy malo ocurría en los días siguientes.

Cuando Kalinin soñó que escapaba de la Analfabruja, de la Cordillera se desprendió un alud de barro que se deslizó por todas las calles de la

ciudad, empantanando a los autos y a las bicicletas.

Antes de que hubieran transcurrido seis meses, volvió a contar a la hora del desayuno que durante toda la noche la Analfabruja lo había sometido a la tortura de quitarle uno a uno los pelos de la cabeza con una pinza de pico de cuervo negro.

A continuación de tan mal sueño vino una seguidilla de temblores en la zona central. Éstos culminaron con un terremoto grado máximo que borró del mapa un pueblo completo al interior del valle, en las cercanías de la Cordillera de los Andes.

Por eso, era comprensible que cuando Kalinin dijera: «anoche soñé con la Analfabruja», todos lo hicieran callar.

—Ya, niños, tómense rápido el

desayuno, que se hace tarde y no me gusta que lleguen atrasados al colegio —dijo la mamá mientras corría de un lado para otro en la cocina.

Eso era típico de la mamá; detestaba a la gente que no respeta los horarios, porque ella había vivido en otros países donde llegar tarde a un compromiso era una falta grave de respeto y una muestra de terrible irresponsabilidad.

Pero ése era el problema de la mamá, no de ella ni de su hermano, pensaba Serena. En los inviernos de tan temprano que llegaban al colegio tenían que esperar tiritando de frío a que abrieran las puertas para poder entrar. La última vez, Kalinin le había preguntado a la mamá si llegar al colegio tan adelantado no sería acaso una falta a la responsabilidad tan grave como llegar tarde. La mamá lo miró

echando chispas por los ojos, pero no le dijo nada.

—Y pónganse impermeable y botas, porque esta lluvia se está poniendo feroz.

Sin embargo, el colegio no aparecía en los planes de ese día, porque se desató el aguacero más impresionante de los últimos inviernos. Y no era invierno; estaba comenzando la primavera.

Los papás estuvieron de acuerdo en que los niños se quedaran en la casa. A Kalinin, su mamá le pidió que para no perder el tiempo escribiera una composición sobre cualquiera de sus temas favoritos: —Pero, por favor, hijito —le rogó—, no quiero saber nada de esos superhéroes de la televisión que me tienen hasta más arriba de la coronilla.

Eso lo dijo porque Kalinin pasaba todos los fines de semana y los

feriados, más las vacaciones de invierno, revoloteando por todas partes vestido con su traje de Súper Inti, el héroe que tenía el poder del sol para cegar a sus enemigos.

Por su parte, el papá le pidió a Serena que resolviera ecuaciones y ejercicios de matemáticas, porque en la última reunión de apoderados, la profesora jefa había dicho que Serena se estaba quedando muy atrasada. Mientras sus compañeros avanzaban en los serios problemas que presenta el álgebra y otros temas de idéntica importancia, «la señorita Serena —había señalado la profesora, marcando la palabra *señorita*— se ponía a leer cuentos en su hora de clases».

Ahora no sólo llovía a torren-tes, sino que se había desatado una ventolera de esas que se dan en los países caribeños, nunca en Chile; aquí

los dramas son los terremotos o las terribles inundaciones, cuando no las sequías; pero tifones y huracanes, nunca se han visto por estos lados.

Cuando los papás abrieron la puerta de calle, debieron sujetarla con fuerza para que no se saliera de sus goznes. Asomados a la ventana, Kalinin y Serena vieron a sus padres hacer esfuerzos tremendos para abrir el portón del garaje. Cuando finalmente partió el auto, los niños se quedaron mirando el cielo que parecía darse vueltas de carnero haciendo carambolas para soltar el agua que caía a torrentes.

—La culpa es de tu sueño —le dijo Serena a su hermano.

Pero él reclamó, con justa razón, que nadie mandaba en sus sueños y si la Analfabruja se ponía a soñar por él, ése no era su problema. ¿Acaso le iban a echar la culpa de la lluvia también?

La lluvia que no cesa

Mientras afuera llovía cada vez con mayor intensidad, Kalinin y Serena hicieron exactamente lo que sus papás les habían indicado que no hicieran. Kalinin se vistió de Súper Inti y empezó a dibujar una aventura que tituló «Súper Inti contra los dragones de ultratumba». Serena corrió al dormitorio, se sacó los zapatos y, así vestida, se metió debajo del plumón donde se acomodó para empezar a leer el último libro que le había regalado el abuelo.

Serena agradeció esta lluvia como una bendición que le permitía quedarse en la casa para hacer lo que

más le gustaba: leer cuentos. Tomó el libro entre sus manos y acarició el suave papel azul brillante de la portada. Con el dedo índice siguió cada uno de los trazos que formaban las figuras dibujadas. Siempre hacía lo mismo antes de comenzar a leer un nuevo libro.

—¡Qué lindo es! Me gustaría terminarlo hoy mismo —musitó, pensando en las líneas y páginas que faltaban para llegar a la última palabra.

En eso estaba, cuando un trueno cruzó el cielo que ya se había transformado en una catarata. Casi simultáneamente, la puerta de su dormitorio se abrió con estrépito. Era Kalinin: si podía quedarse con ella en la pieza, porque no le gustaban los truenos ni los relámpagos, ni esa lluvia que seguía cayendo y cayendo.

—Buen superhéroe eres —le dijo Serena—, miedoso y todo.



Kalinin se hizo el sordo y se acomodó con su cuaderno en el escritorio de su hermana para continuar dibujando aventuras de Súper Inti, señor del sol.

—¿Qué ridiculeces de hadas y duendes estás leyendo ahora, Serena?

—¿Ridiculeces? Más ridículos son tus superhéroes. Y tú, que crees que existen.

—¿Cómo se te ocurre que no van a ser de verdad? ¿No ves que salen en la tele? Además, si no existieran no saldrían en las películas ni aparecerían dibujados en las revistas. ¡Ah! ¿Viste?

Ella volvió a su libro, sin dejar de sonreír:

—¡Ah! Qué niño chico eres, Kalinin.

El cielo se había vuelto un manantial incontenible y la ventolera hizo temblar y crujir la casa como si

fuera a deshacerla. Kalinin dejó por la mitad su dibujo de los dragones de ultratumba atacando a Súper Inti y partió corriendo junto a su hermana.

—¿Puedo acostarme junto a ti? No es que tenga miedo, por si acaso, sino que me ha venido un terrible frío que me sube por la espalda.

—Ya, pues, venga para acá, señor superhéroe —le dijo ella y lo acomodó a su lado bajo el plumón, donde terminó tapado hasta las orejas.

Para no escuchar la catarata del cielo golpeando el techo de la casa y zumbando entre las ramas de los árboles, le pidió a su hermana que se pusiera a leer el cuento en voz alta.

—Pero prométeme que no vas a interrumpir con tus preguntas de cómo, por qué, ni qué significa esa palabra —le advirtió Serena.

—Te lo prometo.

Cuando Serena empezó a leer la historia hubo un trueno tan fuerte que la casa retumbó como en un terremoto. Luego se produjo un silencio y, poco a poco, la tormenta se fue haciendo más y más lejana hasta tornarse imperceptible. Los sonidos del fuerte viento, la lluvia y los truenos fueron remplazados por el trino de pájaros y el roce de ramas y hojas mecidas por una suave brisa. A medida que avanzaban en su lectura, los niños se sentían trasladados a otro mundo...



El verde bosque del lenguaje

... Cuenta una antigua leyenda que al principio existía el Gran Mago de Todos los Tiempos Verbales. Era el más antiguo de los seres, el primero, ése que ha existido desde siempre y existirá para siempre. Como se sentía muy solo se puso a inventar el universo. Estaba eligiendo los colores para ponerlos sobre las cosas y se dio cuenta de que el verde predominó en el bosque. Le gustaron esas tonalidades tan diversas que iban desde el verde profundo, casi negro, hasta un verde claro y liviano, casi amarillo. Se felicitó por haber logrado tal hazaña de colores. Tantas

cosas hermosas podían decirse de este bosque que decidió crear el lenguaje para él y llamarlo el Bosque del Lenguaje Encantado.

Pensó entonces que debía dar vida a un ser que pudiera reinar sobre tamaña maravilla. Viajó por todos los rincones del universo y se hundió en cada uno de los mares más profundos. Buscó en cada galaxia hasta encontrar la esmeralda más verde y más brillante que existía.

Durante siete días y siete noches trabajó sin descanso, tallando la dura y silenciosa piedra verde. Día y noche continuó, infatigable, su tarea de crear una reina para el Bosque del Lenguaje Encantado. La última noche que el Gran Mago de Todos los Tiempos Verbales trabajó en su obra, sólo se oía el silencio.

Terminada su creación, por fin,



la alzó a los cielos. Convocó a todos los seres del Bosque y les dijo:

—Esta es la Dama Esmeralda. Será vuestra reina y gobernará con bondad.

El Gran Mago bajó los brazos. Con delicadeza colocó a la Dama Esmeralda sobre una roca pálida y sopló y sopló y sopló sobre el cuerpo verde que se fue llenando de destellos y fuegos luminosos. Cuando la figura terminó de abrir los ojos y su cuerpo adquirió movimiento, empezó a amanecer.

El Gran Mago le habló con voz poderosa:

—Bienvenida, Esmeralda. Eres la reina del Bosque del Lenguaje Encantado. Éste será tu reino y bajo tu cuidado estará el Cofre Maravilloso de las Vocales. En él está la clave para entenderse y mantener la paz y felicidad

en el bosque —le explicó al entregarle un cofre pequeño que relumbraba como estrella—. Deberás tener especial cuidado —agregó— con los Trasgos de la Ignorancia que habitan más allá del Lago Rosa, porque si uno solo de ellos logra poner un pie en este lugar y se lleva el cofre, comenzará la destrucción del reino.



El Cofre Maravilloso de las Vocales

La Dama Esmeralda examinó la caja encendida que lanzaba destellos luminosos y tornasolados. Se quedó mirándola como hechizada mientras la iba girando. El cofre había sido hecho con un cristal delgado como tela y duro como hielo, adornado con piedras preciosas.

Cuando abrió la tapa observó que las vocales estaban separadas en distintos compartimientos. Hundió su mano y tomó la *Q*. Estaba tallada en marfil y de sus labios blancos salieron sonidos de sorpresa y admiración:

—¡Aaaa!

La Dama le sonrió y la volvió a su sitio.

La *E* era un zafiro azul marino donde aparecía tallado un pequeño pez semicerrado.

—Eee —dijo, con voz dubitativa y temerosa.

La *J* era la delicia misma; un trocito de oro lleno de risa. Portaba una alegría capaz de contagiar a todos con sus juegos de humor.

—¡iii! —pareció reírse.

La *O* era un cintillo circundado de diamantes que reflejaban todos los detalles de la luz, un dechado de sorpresas. Abrió su boca sonora y lanzó un «Ooo» que resonó en el bosque.

La *U* era un hermoso rubí que mostraba su esplendor de sangre cada vez que hablaba:

—Uuu —dijo con voz cantarina.



El bosque en peligro



La Dama Esmeralda era amada por todos sus súbditos porque era una soberana justa y bondadosa. De ahí que todos trabajaran con ahínco durante mucho tiempo para construir el palacio de su reina. Durante siglos se dieron a la tarea de modelar la dura piedra verde que había caído como un meteorito gigante en un claro junto al Lago Rosa.

Con paciencia, amor, y la ayuda del Señor del Rayo y su aliado el Caballero del Viento, los habitantes del bosque habían modelado la esmeralda gigante a punta de inviernos y de esfuerzo. Las hadas hicieron su

parte trayendo todo el oro blanco que escondían las nieves eternas. Con él alfombrarían el piso y la Dama Esmeralda se iría reflejando a cada paso que diera.

La soberana se encontraba protegida de toda amenaza por las custodias del Lago Rosa: las tan hermosas como temibles ondinas, medusas y lamias. Ellas subían a la superficie del lago cada vez que el agua ondeaba por el movimiento de los cuerpos de los perversos y mugrosos Trasgos de la Ignorancia. Cuando eso sucedía, las custodias cantaban sus atraentes melodías, rodeaban a sus enemigos, los miraban a los ojos y con su hechizo derretían la dura roca que formaba sus cuerpos. Los trasgos se iban deshaciendo hasta que terminaban sus días confundidos en el lógamo de las orillas.

La seguridad que las custodias del Lago Rosa proporcionaban al reino del Lenguaje Encantado hacía que nadie temiera una invasión de los trasgos. Sin embargo, éstos habían urdido un plan con la ayuda de la Analfabruja para apoderarse del Cofre de las Vocales y así, con el poder del lenguaje, dominar el universo.



¿Dijeron Analfabruja?

Muy acomodados en la cama, gracias a la tibieza que les daba el plumón, Kalinin y Serena leían afanosamente sintiéndose personajes de este bosque encantado. De pronto, la mención a la Analfabruja despertó su extrañeza.

—¿Analfabruja, dijeron? —preguntó Kalinin.

—Sí, Analfabruja... esto está bien raro... así como el ruido de árboles y pájaros que oigo... —replicó su hermana.

—Mejor deja de hablar y sigue leyendo que esto me está gustando —agregó Kalinin con impaciencia.

Los tragos, la Analfabruja y el robo del cofre

El gobernador de la Trasca Ignorantía, como era conocido el país de los tragos, había tenido la idea de hacer venir a la Analfabruja, devoradora de sílabas, para que les ayudara a robar el Cofre Maravilloso de las Vocales.

Para darse importancia, la Analfabruja se hizo de rogar un poco antes de acudir al llamado de emergencia que le hicieron los tragos. Esto se debía a que ella siempre había tenido que soportar que no tomaran en cuenta sus opiniones y se molestaran cuando ella dejaba en evidencia su tontería.

Después del quincuagésimo llamado, la Analfabruja consideró que ya era prudente acudir a la cita. Con voz de mujer seria y experta en las materias que iba a tratar, se dirigió a la asamblea que la esperaba:

—Escuchen atentamente manga de ignorantes. Me van a dejar hablar porque no voy a permitir interrupciones; de lo contrario no cuenten conmigo. Además, una vez que pogan el plan en marcha sólo podrán llamarme si es una emergencia y a través de los sueños. Cuando yo taconeé tres veces mis zapatones dorados y salten chispas, sabrán que los he escuchado... Pero no se hagan ilusiones de que voy a venir de inmediato, me reservo ese derecho hasta que se me dé la bruja gana. Como decía lo que deben hacer es...

Los Tragos de la Ignorancia la



escuchaban atónitos por dos razones: la Analfabruja había exigido silencio y ellos, por su parte, no tenían nada que decir. Eran verdaderamente tontos de capirote.

—...Dejen de mirarme con esas caras de brutos y manos a la obra. Ya saben que no cuentan con la ayuda de nadie más por estos lados.

—Qué bonito habla usted, señora Analfabruja. Estamos tan agradecidos —respondieron los tragosos.

Gracias a la Analfabruja, estos ineptos seres ya tenían la clave para atravesar el Lago Rosa sin el peligro de las custodias. Había que poner tapones de cera en las orejas de los enviados especiales a la misión; de lo contrario, ondinas, medusas y lamias los cautivarían con su canto y, si no les acarrearán la muerte, los dejarían estupefactos y aún más mentecatos.

Una vez en la otra orilla, deberían quitarse los tapones de cera de sus orejotas y guardarlos en un tronco hueco hasta la vuelta, cuando deberían volver a ponérselos para cruzar el Lago y regresar a la Ciudad de Piedra llevando con ellos el Cofre de las Vocales.

Así fue como los trasgos cruzaron el Lago Rosa, sordos como tapias. Pero como no eran ciegos, se llevaron grabadas en sus retinas los rostros, gestos, y movimientos de cabellos y labios con que ondinas, medusas y lamias intentaron hacerles perder el sentido. Como era de esperar, la tontera propia de los trasgos les impidió cumplir con todas las indicaciones que les diera su asesora en materia de maldades y quedaron sordos para siempre, porque al regresar del Palacio Esmeraldino olvidaron retirar los

tapones de cera de sus oídos en el plazo indicado, de manera que cuando quisieron hacerlo ya la cera se había unido a la piel como una sola forma.

Pero de que los trasgos lograron lo que perseguían, lo lograron. Nadie pudo evitar que entraran al Palacio Esmeralda y se robaran el Cofre Maravilloso de las Vocales. Luego, regresaron trastornados de dicha a su mundo de ignorancia, ya que pensaban que con la ayuda del cofre podrían organizar la invasión a los pueblos vecinos para dominarlos. Sabían que el lenguaje, que comenzaba a partir del conocimiento de las vocales, les permitiría convertirse en seres, no diremos inteligentes, pero un poco menos ignorantes, y capaces de dominar a los demás, por eso de que en el país de los ciegos el tuerto es rey.

La Dama Esmeralda, en tanto, permanecía incomunicada en su palacio desde que se había producido el robo del cofre y, como no es posible gobernar en media lengua, prefirió callar. La gravedad de la situación le provocó tal depresión que agonizaba lentamente sin que ninguno de los médicos más famosos pudiera hacer algo para salvarla.

Los pequeños habitantes del bosque encantado también empezaron a tener dificultades. No se entendían ni ponían de acuerdo en nada, y los que antes eran amigos ya no se querían ni respetaban.



La Dama Esmeralda en su prisión de joya verde

La Dama Esmeralda no sabía qué hacer para recuperar el cofre. Se sentía tan enferma que no tenía fuerzas para convocar a sus súbditos. Por ello, hizo llamar a Enanísimo Amarillo, su fiel consejero y el más intrépido de los seres del bosque.

Cuando llegó Enanísimo, las doncellas de la reina estaban trayéndole vapores de rosas, rocíos de aleluyas y cremas de almendras fragantes para hacer masajes sobre su hermosa piel. La Dama Esmeralda no pudo abandonar su cama, porque el cuerpo le pesaba como si cargara el universo sobre su espalda.

Las doncellas, hijas de la Fuente Cristalina de la Redacción, permanecieron en la habitación real para tratar de ayudar a la soberana y a Enanísimo a hacer el mejor uso posible del lenguaje que ahora carecía más y más de vocales.

—Enanísimo, necesito tu ayuda para evitar la destrucción del bosque —dijo la soberana con un susurro casi inaudible, mientras Enanísimo se instalaba junto a su reina.

—Mi señora, no se preocupe usted, que yo convocaré a todos sus súbditos y recuperaremos las vocales para nuestro lenguaje. Ahora me retiro para dejarla reposar.

Enanísimo salió enardecido del palacio con la firme decisión de resolver el problema como se lo encomendara su hermosa soberana. Por su parte, en el palacio, el desayuno de la

reina quedó sobre la mesa sin que nadie probara bocado. La dama agonizante sólo les permitió a sus doncellas que le untaran los labios con gotas de jugo de amapolas. Las castañas almibaradas quedaron flotando solitarias entre las hojas de nenúfares, sin despertar el interés de nadie. La leche de cernícalo se enfrió en los tazones de oro puro, mientras los néctares de guanábana y dátiles se espesaban en las copas de cristal que habían tallado los duendes orfebres hacía miles de millones de años.

Triste y afiebrada, la soberana yacía sobre su mullido colchón de plumas, sábanas de holanda y medias palabras, en la misma posición en que la habían dejado las hijas cristalinas de la redacción antes de partir aquella mañana fatal.

Todos los habitantes del reino

estaban muy preocupados porque no era novedad para nadie que si algo le ocurría a la reina, el Bosque del Lenguaje Encantado empezaría a desaparecer como lo anunciara el Gran Mago de Todos los Tiempos Verbales, en el remoto pretérito pluscuamperfecto de la creación.



Una casa sobre los abedules

Alarmados por el futuro de su soberana y del bosque, los duendes y demás seres mágicos del lugar acudieron prontamente al llamado de Enanísimo Amarillo, a pesar de las dificultades para comunicarse por la carencia de vocales. Con gestos y musarañas habían convocado a una reunión de emergencia junto a los abedules más antiguos del bosque.

No poca fue la sorpresa de todos cuando al llegar al sitio del encuentro descubrieron que sobre la copa de los árboles había aparecido una extraña construcción. El desconcierto era total. Quienes sabían trepar



no se atrevían. Una corte de libélulas danzarinas sobrevoló la casa. Al rodearla con su vuelo, intentaron espiar hacia el interior por las ventanas, pero sus cortinas espesas no dejaban ver cosa alguna.

Enanísimo Amarillo tomó la delantera. No le tenía miedo a nada, o al menos eso aparentaba. Al llegar arriba de un salto, después de respirar agitado, toser y restregarse las manos, se dispuso a realizar la complicada operación. Acomodó sus ojos en la cerradura de la puerta para espiar. No vio nada en movimiento; sólo objetos enormes adosados a los muros o colgados de ellos.

Como los duendes poseen un cuerpo moldeable, Enanísimo insistió asomado a la cerradura. Sus inmensos ojos amarillos se encendieron aún más, al tiempo en que se iba

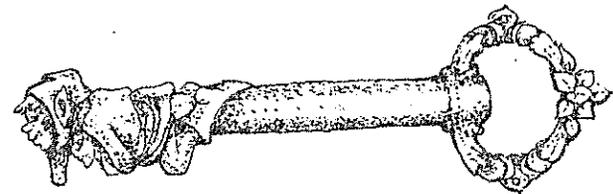
transformando hasta conseguir la forma de una llave. Giró sobre sí mismo y la puerta se abrió completamente. Si los demás querían entrar, éste era el momento. Sin embargo, nadie lo hizo.

Todos estaban lo que se dice, realmente muertos de miedo. Porque, la verdad, es que a todos se les pasó por la mente una nueva fechoría de la Analfabruja. ¿Acaso no se había conformado con prestarles su ayuda a los Trasgos de la Ignorancia para que pudieran llegar al palacio Esmeralda y robarse el Cofre Maravilloso de las Vocales?

Después de un largo tiempo en que todos se retorcían las manos y paseaban de un lado a otro, apareció Enanísimo, todavía con la forma de una llave, porque es sabido que cualquier transformación toma su tiempo.

Sin embargo, a sus amigos esto les causaba risa y los motivaba a decir tonterías y burlarse.

—V'yan guard'ndose sus brom'tas en el bols'llo, que lo que vi no es p'ra la risa —dijo Enanísimo Amarillo, pronunciando las vocales lo mejor que pudo, al bajar del árbol—. Hay dos gig'ntes enormes, m'cho más inmensos que Gulliver y qu' el gig'nte Goliat. Tien'n un libro az'l ab'rtto que es más gr'nde que t'dos nos'tros j'ntos —terminó de decir sacudiéndose la ropa y el pelo para quitarse las pelusas y algunos pólenes diversos que lo hacían estornudar.





Despierta el gigante Arabesco y el reino del lugar común



Las cosas parecían ir cada vez peor. Ahora, más encima, el gigante Arabesco venía despertando de su largo sueño que había durado varias generaciones.

Tan antiguo era Arabesco que había conocido en persona a los pterodáctilos, esos dinosaurios voladores que no dejaban títere con cabeza en tiempos remotos de la tierra. Se vanagloriaba de haber sido amigo personal del *Tyranosaurus Rex* porque actuaron juntos en muchos cuentos y películas.

Arabesco despertaba cada dos mil años y su bostezo sacudía la tierra

con feroces terremotos. Después se ponía al día del hambre atrasada y empezaba a buscar enciclopedias y diccionarios que eran sus platos preferidos.

Durante el día tragaba como condenado diccionarios de todos los idiomas; los de sinónimos los dejaba para el postre y luego, como bajativo, devoraba el diccionario etimológico, porque según Arabesco: «nadie es más entendido que yo en palabras antiguas», es decir, en esas palabras que se usaron para fundar el mundo y el Bosque del Lenguaje Encantado. Decía que ahora la mayoría de la gente ignoraba de dónde venían las palabras que formaban su idioma y por eso no sabían qué significaban.

Durante las noches se estiraba cuan largo era a orillas del Río del Conocimiento donde nadie se baña dos veces, y mientras bebía el «vital

elemento» soñaba con el amor. Bajo la luz de la luna empezaba a digerir lo aprendido, pero como su cerebro era más pequeño que un cuesco de aceituna se le confundían los significados y terminaba repitiendo las mismas cosas de siempre.

Cada vez que empezaba a conversar consigo mismo le costaba entenderse y como no se daba respuestas, terminaba siempre confundido y enojado. De manera que decidió asumir su soledad. Cuando se sentía atravesado de nostalgia iba al Lago a hablarle a su propio reflejo, que aunque no respondiera, por lo menos se movía y eso le regalaba la sensación de compañía. Era cosa seria vivir tantos milenios. No era fácil existir para siempre.

Sin embargo, el destino había urdido otros planes para Arabesco.

Una tarde en que buscaba homónimos y parónimos para escribir una adivinanza, se encontró cara a cara con la Analfabruja. Ella devoraba las últimas sílabas de las palabras que él iba encontrando debajo de los árboles, enredadas entre las algas marinas o flotando sobre las ondas del Río del Conocimiento.

Se miraron sorprendidos el uno a la otra y la otra al uno, y quedaron como hechizados. Una fuerza misteriosa les impedía dejar de mirarse. A medida que Arabesco miraba más intensamente a su bruja, más traspasada de amor se sentía ella. Así supo exactamente en qué momento su negro corazón brujo se resquebrajó y se puso a cantar.

El gigante no tuvo duda alguna de que no existía en el mundo tanta belleza como ésta que se le

presentaba al frente. Por su parte, Analfabruja estuvo segura de que él era lo que le había recetado el médico brujo cuando lo visitó para decirle que no tenía con quién compartir la vida ni los viajes por el mundo y por el tiempo.

Tomados de la mano caminaron por el bosque hasta que Analfabruja y Arabesco, Arabesco y Analfabruja se prometieron amor para siempre.




Las metamorfosis del amor

Como el gigante se había enamorado, perdía lentamente su condición natural de hacer difícil lo fácil. Sin embargo, el dominio del lugar común lo absorbió por completo.

Aunque nadie se ha puesto de acuerdo todavía en cuánto tiempo transcurrió en esa mirada que cambiaría la historia, la mayoría de los cronistas piensan que fue apenas un mísero minuto que pareció un siglo, cosa tan común que les ocurre a todos los seres que se enamoran.

Eran tal para cual. Arabesco quería hablar y la Analfa quería escuchar; el gigante quería una bruja y la



bruja quería un gigante. El gigante adoraba los tacones dorados de su bruja, especialmente cuando los hacía sonar tres veces, y a ella le encantaba sacarle chispas a sus zapatones bailando flamenco para seducir a su gigante. Arabesco quería compartir con alguien su conocimiento de enciclopedias y diccionarios, y la Analfabruja quería amar a un hombre, aunque fuera gigante...

Al atardecer de cada día, Arabesco y Analfabruja se sentaban a esperar la puesta de sol junto al Lago. Con las manos siempre entrelazadas, ya no querían separarse ni un segundo.

Fue en uno de los paseos por el bosque, cuando Arabesco pudo ver a las hijas cristalinas de la redacción agonizando en medio de un párrafo que yacía sobre las hojas secas junto al Estero de Luz. Su corazón

enamorado se mostró conmovido ante la agonía de las doncellas.

Analfabruja le confesó que estaban muriendo porque los Trasgos de la Ignorancia con su ayuda se habían robado el Cofre Maravilloso de las Vocales, que la Dama Esmeralda tenía bajo su cuidado por expreso mandato del Gran Mago de Todos los Tiempos Verbales.

Una gran vergüenza y culpabilidad se apoderó de la Analfabruja.

—Yo... en realidad... eran otros tiempos... pensé que era divertido ver a esos trasgos creyéndose inteligentes... pero, ahora... —dijo la Analfabruja, evitando la mirada de su enamorado.

—¿Qué podríamos hacer? —preguntó Arabesco, que ya hacía causa común con los asuntos de su bruja.

—La única solución está en el

poder humano. Sólo alguien que crea en el Bosque Encantado y en todas sus criaturas puede devolver la paz y la armonía. Yo, aunque lo quiera, no puedo deshacer lo que he hecho ni traicionar mi palabra empeñada.

Y así fue como la Analfabruja y Arabesco enviaron un emisario a los duendes reunidos en asamblea junto a los abedules más antiguos, para avisarles que requerían de algún ser humano para recuperar el cofre...

Una misión para Súper Inti

—Esta es una misión para Súper Inti —gritó Kalinin y le pidió a Serena que no siguiera leyendo—, yo salvaré a la Dama Esmeralda: —terminó de decir, mientras blandía en el aire su espada solar como si combatiera contra invisibles gigantes de aire.

Según Kalinin, no existía ninguna posibilidad de combatir a tanto enemigo, si no era a través de la presencia de Súper Inti, señor del sol.

—Tú estás bien loco —le respondió Serena, mientras retomaba la lectura.

—Súper Inti al ataque contra los Trasgos de la Ignorancia —volvió a

gritar Kalinin, al tiempo que daba un salto en la cama de Serena y le pedía que siguiera leyendo.

...Alertado por el mensajero de Analfabruja y Arabesco de que requerían encontrar a un humano para encomendarle el rescate del cofre, y tras convencerse de que efectivamente ahora la Analfabruja se había transformado por el poder del amor, Enanísimo Amarillo convenció a sus compañeros del Bosque de que en la misteriosa aparición de esa casa sobre los árboles tenía que estar la clave para recuperar su tan ansiado tesoro.

Se organizó un grupo de las distintas especies del bosque para realizar la expedición a la casa del árbol. Cada criatura elegida llegó hasta el gran árbol según sus propios medios. Algunos se arrastraron trepando el grueso

tronco del abedul. Otros batieron sus alas y subieron volando, mientras las luciérnagas iluminaban el camino que conducía hasta la puerta que había dejado abierta Enanísimo Amarillo.

Una vez allí, no se decidían a sobrepasar el umbral. La sorpresa embargaba a los habitantes de la espesura vegetal, porque no sabían lo que era una casa y nunca habían visto algo ni remotamente parecido.

Enanísimo Amarillo decidió tomar el toro por las astas y se adelantó para ingresar. Los demás lo siguieron en puntillas, a prudente distancia. Cada vez que Enanísimo se detenía, la corte que lo seguía imitaba el gesto. Al entrar por el largo pasillo alfombrado encontraron una mesa que sostenía un jarrón lleno de flores azules. Enanísimo era alérgico a las flores azules, porque le recordaban la piel de

algunos malignos de la Trasca Ignorantia, y estornudó tres veces seguidas. Una escalera se veía al fondo del pasillo y hacia allá se dirigieron todos. La cocina en desorden se irguió al costado izquierdo, tazas sucias y migas de pan repartidas en el suelo; un aparador con sus puertas abiertas dejaban ver frascos y utensilios de cocina.

La gran sorpresa que tuvieron fue al llegar al pie de la escalera. Cuando se vieron repetidos, todos juntos, de cuerpo entero, el menor de los duendes lanzó un grito y otros quisieron huir de aquel lugar. Enanísimo Amarillo les aseguró que no había nada que temer, porque eso no era ni más ni menos que un espejo, algo que se usaba mucho en el mundo de los humanos y que él lo sabía, cómo no, si su abuelo le contaba historias de personas cuando él era enanito...

—¡Se parece a esta casa! —gritó Kalinin, interrumpiendo la lectura de su hermana—. Es igual al pasillo y al espejo del primer piso al lado de la escalera.

—Tienes razón, Kalinin —dijo Serena—. Además la cocina sucia y desordenada no puede ser otra que la nuestra. Tal como la dejamos cada mañana antes de irnos al colegio. ¡Qué cosa más rara es este libro!



Un encuentro sorprendente

...El ejército de exploradores mágicos siguió avanzando con decisión. Estaban convencidos de que en ese sitio encontrarían la ayuda necesaria para rescatar el Cofre Maravilloso de las Vocales.

Cuando terminaron de subir la escalera, entraron a la habitación donde Enanísimo Amarillo había visto a los gigantes más inmensos que Gulliver y que Goliat. Se acercaron hasta la cama donde sobresalía un libro abierto en la página 63 y se veía un gigante vestido con una ropa fucsia y amarilla. En el centro del pecho, el gigante tenía dos letras grandes: S. I. Los pequeños

seres sólo pudieron reconocer la primera letra, porque la segunda se les había perdido en el limbo del olvido que empezó con el robo del Cofre Maravilloso de las Vocales.

Les llamó la atención que el gigante tuviera la cara dividida en dos mitades: una nariz y una boca del mismo color pálido de las manos y, en lugar de ojos, una franja amarilla con forma de sol; desde el cuello le colgaba una capa con rayos solares...

—Serena —gritó Kalinin emocionado—, ese gigante se parece a mí con mi traje de Súper Inti y mi antifaz de sol. ¿Por qué nunca me habías contado que existía en tus cuentos?

—La verdad —dijo Serena extrañada— no quiero que te asustes, Kalinin, pero es la primera vez que esto aparece en algún libro que yo haya



leído. Este libro no es igual a los demás —añadió Serena desconcertada y con gran curiosidad por seguir leyendo.

...Los diminutos del bosque perdían el miedo y se acercaban hasta la cama. Enanísimo Amarillo tomó nuevamente la iniciativa y se introdujo por un pliegue del plumón entre el libro y las manos que lo sostenían. Letras gigantescas se le vinieron encima y se dio cuenta de que estaba sostenido del número que indicaba la página abierta.

—Kalinin, mira, hay una mancha amarilla junto al número de la página que estamos leyendo.

Ni Kalinin ni Serena podían creer lo que les estaba sucediendo. Hasta que oyeron una extraña y diminuta voz que les decía:

—Necesit'mos su ay'da, señores gig'ntes. Nos han rob'do el C'fre Maravill'so de las V'cales.

—¿Los Trasgos de la Ignorancia? —preguntó Serena.

—¿Con la ayuda de la Analfabruja? —quiso saber Kalinin.

Los seres del Bosque estaban impresionados.

—Pero c'mo lo s'ben —quiso saber Enanísimo—. ¿Tan fam'sos somos nos'tros en el M'ndo Hum'no? Mi abu'lo no me va a creer cu'ndo le cuente 'sto.

Y Serena muy seria replicó:

—A nosotros tampoco nos van a creer lo que nos está sucediendo.

—Necesit'mos ay'da —les suplicaron con voz muy débil los seres mágicos, ya sonando apenas las vocales.

—¡Esta es tarea para Súper Inti! —exclamó Kalinin y le ofreció el brazo a su hermana.



Duendes en el libro y niños en el bosque

El primer problema que debían resolver era cómo bajarían Kalinin y Serena al bosque encantado. Eran demasiado grandes y no podrían caber por ninguna parte. Sin embargo sabían que para hacer grandes cosas había que hacerse pequeñito.

—Eso es muy fácil de resolver —señaló Serena—. Denmos a probar una sustancia mágica que nos haga chiquitos como le ocurrió a *Alicia en el País de las Maravillas*.

—¿*Al'cia en el Pa's de las Marav'llas?* —repitieron a coro los seres del bosque—. Ése es un cuento que tamb'i'n nos cont'ban a nos'tros

cu'ndo éramos enan'tos ch'cos. Pero nos'tros ten'mos que resolv'r probl'mas verdad'ros.

Kalinin miró a su hermana y le dijo burlón:

—Viste que todas esas historias que tú lees son patrañas. Ni siquiera los duendes las creen. Ya te dije, esta tarea es para Súper Inti.

—Y dígame, señor Súper Inti, ¿cómo lograremos entrar si no podemos reducir nuestro tamaño? —preguntó irónica Serena.

La discusión hubiese continuado si Enanísimo Amarillo no hubiese puesto orden, agregando que el tiempo corría en su contra porque ya habían perdido definitivamente las vocales tónicas, y las abiertas átonas estaban a medio morir saltando.

Cuando los habitantes del bosque vieron levantarse a los niños

junto a la cama, retrocedieron asustados. Serena tuvo que sacudirse de las piernas a unos duendes traviosos que le hacían cosquillas, mientras Kalinin quiso ver cuántos de esos seres le caían en sus manos. Poniendo ambas sobre la cama, los invitó a trepar como lo hacía con las chinitas de la suerte con que jugaba en su jardín algunas tardes de primavera. Unas cuantas criaturas de los más diversos colores y luminosidades saltaron al interior de sus manos y aplaudieron felices.

Serena se asomó por la ventana de su dormitorio y vio cómo su propia casa se encontraba sobre las copas de los árboles. Se dio cuenta del fracaso de cualquier intento de saltar desde allí, dado que una caída desde esa altura podría dejarla herida seriamente. Calculó que la distancia entre la casa pendiendo sobre el árbol y la tierra

firme, debería ser el equivalente a los siete pisos del edificio donde vivía el abuelo Ponchito.

Súper Inti tomó a su hermana y la cubrió con su capa de rayos solares.

—No temas —le dijo, imitando a sus héroes, y voló con ella hasta tocar tierra sin que notara más que un leve cosquilleo en el estómago, como cuando el ascensor baja sin detenerse en ningún piso.



Muchas pruebas para un solo héroe

A pesar de que Súper Inti se sentía seguro con sus poderes, aceptó los talismanes que le entregó Enanísimo. El gorro azul que debía girar tres veces sobre su cabeza y lo trasladaría instantáneamente alejándolo de los peligros, y un huevo de Curimón, un ave negra que hace colonias en el légame de los ríos, que al estrellarlo anularía los poderes mágicos de cualquier enemigo.

Enanísimo les explicó claramente cuál sería el trayecto para llegar a la morada sombría de los Trasgos de la Ignorancia y qué obstáculos deberían vencer para regresar con el Cofre

Maravilloso de las Vocales y así entregarlo a tiempo a la Dama Esmeralda.

—Les advi'rto que antes de lleg'r a Tr'sga Ignor'ntia deber'n enfrent'r a la Bestia Sieteojos, a la Bruja Esdrújula, y a la hechic'ra Agrámata. Se nos ha inform'do que ella ti'ne el C'fre Maravill'so de las Voc'les y para n'die es un secr'to que Agrámata es la m's vil de todas las br'jas: conf'nde a los viaj'ros alter'ndoles la gramática, les desord'na las oraciones, cambia ideas y pal'bras, de manera que n'die se enti'nde con n'die. Eso la hace muy fel'z, si 'lgo puede hacer fel'z a un ser tan mal'gno.

Enanísimo concluyó su discurso, señalando muy serio:

—Bu'na su'rte, am'gos. Y recu'rden: el tímpo si'mpre corre en nu'stra contra.




El poder del espejo contra la Bestia Sieteojos

No hay aventuras fáciles, sin embargo, Kalinin y Serena estaban muy lejos de imaginarse todo lo que estaba por ocurrirles. Muchas veces se puso el sol y volvió a salir. A veces lo hacía desde el oeste y a veces desde la dirección contraria. Sintieron que el mundo giraba tan rápido que era imposible fijar el paso del tiempo. La sed y el hambre los agobiaban. Sin embargo, al llegar a los faldeos de la montaña nevada descubrieron una poza donde el sol derretía la nieve y la transformaba en agua clara y fresca. Se sentaron a descansar y bebieron hasta saciarse. Ahora venía la difícil

ascensión a la cumbre del volcán donde encontrarían a la Bestia Sieteojos, a quien deberían derrotar.

—Yo no le temo a nada ni a nadie —dijo Súper Inti, cuando Serena le mencionó que estaba asustada.

Inmensa fue la sorpresa cuando ascendían y la montaña empezó a moverse como si fuera un animal que se sacudiera los bichos que le molestan. Enrollado alrededor de la cadena montañosa descansaba en un letargo plácido, el gigante Arabesco que acababa de endilgarse la colección completa de la *Historia del Bosque* en doscientos volúmenes, primera edición, papel biblia, con ilustraciones de Doré.

Entre bostezos y suspiros de satisfacción, el gigante hizo silbar al viento y armó una corriente tibia que trasladó a los hermanos hasta la

cumbre, donde la Bestia dormía con sus siete ojos abiertos.

En cuanto los vio aparecer en su campo visual, el monstruo se preparó a un festín de Serena y Kalinin, a quienes ya veía aliñados al matico con salsa de guayabas y fritos de deditos de murciélago soltero. Alzando una de sus garras, atrapó al niño que parecía un muñeco de trapo o un títere bamboleado de aquí para allá y de allá para acá, a una altura que por momentos lo hacía desaparecer entre las nubes del cielo.

Serena se escondió detrás de la garra de la bestia. Cuando vio a su hermano elevado en las alturas, tuvo la buena idea de buscar en su mochila el espejo redondo que siempre llevaba consigo, porque no salía a ninguna parte sin mirarse primero al espejo.

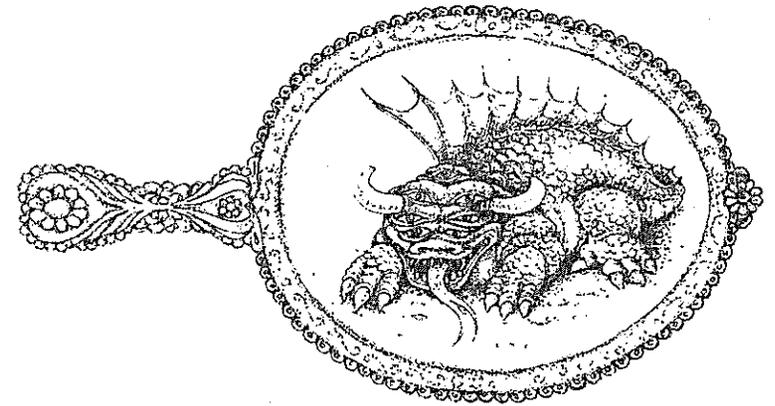
La bestia rugía como monstruo que se precie de tal y acercaba a Kalinin hasta su bocota para darle unas probaditas antes de cocinarlo. Pero no lo lograría jamás. Serena tomó su espejo, que sólo tenía el poder de reflejar, y fue moviéndolo en dirección a cada uno de los ojos de la Bestia, que al quedar ciega y dolorida, soltó a Kalinin desde las alturas.

Lo que nadie se imaginó fue que la capa de Súper Inti le permitiría el mejor de los vuelos, donde además aprovechó de planear, mover los brazos imitando a los pájaros y hasta le alcanzó el entusiasmo para darse volteretas en el aire, porque estaba seguro de que nunca tendría otra oportunidad como ésta para volar tanto.

Al tocar tierra, abrazó a su hermana y le dijo con tono de reproche:

—¿Por qué no me habías contado antes que tenías un espejo mágico para cegar bestias?

—Pero si es sólo el espejo común y corriente que siempre llevo conmigo en la mochila —insistió ella, pero no logró convencer a su hermano en lo absoluto.





El acertijo de la Bruja Esdrújula

Al parecer las cosas se estaban dando bien. Habiendo dejado a la bestia fuera de combate, iniciaron el descenso al interior del volcán. Sin embargo, la segunda noche sintieron hambre y Serena partió la última manzana que les quedaba. Cuál no sería su sorpresa al ver que a cada mordisco que le daban a su mitad respectiva, no disminuía el tamaño de la fruta. Ya sin hambre, continuaron por el desfiladero ardiente, dispuestos a seguir al pie de la letra las instrucciones de Enanísimo y la recomendación fundamental de no mirar hacia abajo, porque podrían caer al abismo.

Exactamente cuando terminaba el tercero de los días, les salió al encuentro la Bruja Esdrújula, coleccionista de esdrújulas y brújulas. Era horripilante, en verdad. Tenía los ojos como ruedas de molino y la lengua le colgaba como un medallón hasta el pecho.

—¡Qué vieja más fea! —dijo Kalinin sin poder reprimir su horror ni medir las consecuencias de sus palabras, que llegaron a los oídos de la bruja.

—Vieja fea será tu abuela —le dijo la bruja.

—Kalinin, déjame a mí el asunto de resolver el acertijo, ya que ésa es mi especialidad. Además, yo sé tratar a damas tan distinguidas como la señora Esdrújula —dijo Serena tratando de ser lo más convincente posible y agregó—: ¿Le han dicho, señora

Esdrújula, que tiene unos bellos y expresivos ojos y que se nota a la legua que es una persona muy observadora?

La bruja se sintió halagada y abrió aún más los ojos para que Kalinin pudiera apreciarlos. Se rascó la oreja y tras concentrarse lanzó la pregunta:

—Veamos que tan lista es esta señorita y si me responde este acertijo: ¿Cuál es el animal que en la madrugada camina en cuatro pies; al mediodía, en dos, y al atardecer, en tres? ¡Ja!, aquí sí que los pillé —terminó de decir la Bruja, sintiéndose triunfadora.

Sin embargo, Serena respondió sin vacilar siquiera:

—El único animal que en la madrugada camina en cuatro pies; al mediodía, en dos; y al atardecer, en tres, es el hombre.

De pronto, la hasta entonces horripilante bruja Esdrújula se convirtió en una bella joven que les agradeció, porque al resolver el acertijo habían roto el hechizo en que se encontraba desde tiempos inmemoriales, cuando había rechazado la propuesta de matrimonio que le hiciera un horrible y malvado brujo.

—¿Cómo adivinaste el acertijo? —le preguntó Kalinin.

—En realidad, cualquiera que ha leído siquiera un poco sabe —contestó Serena recalcando las últimas palabras con tono de experta en la materia— que la bruja Esdrújula no preguntó nada original, porque ése era el acertijo que le planteó la esfinge a Edipo en la clásica tragedia griega.

El rescate del cofre

Aunque todo iba muy bien, una seguidilla de actos fallidos y desastres de la naturaleza echaron por tierra tanto magias como buenas intenciones. El gorro azul se les voló cuando sobrevino una súbita tormenta, el huevo de Curimón se quebró cuando rodaron por el desfiladero y, así, Kalinin y Serena quedaron abandonados a su propia suerte llenos de rasmilladuras, heridas y cototos.

Averiadados del cuerpo y asustados del alma, despertaron entre las hojas secas al pie de un árbol cuyo tronco negro era un nido de cuervos

y patos yeca. Habían llegado a Trasca Ignorantia.

Lo que nadie sabía era que días antes, la hechicera Agrámata había sostenido una lucha feroz con Arabesco quien, para ayudar a los jóvenes héroes, le había comido todas las eses al final de las palabras a la bruja. Así la hechicera había quedado bastante debilitada y no podría negarse a la petición que los niños le harían.

—Así que estoh son loh niñoh que vienen a quitarme el cofre de lah vocaleh, ah. Ya pueh, aquí estoy esperándoloh.

Como Enanísimo les había indicado, ellos deberían hacer que la hechicera repitiera tres veces un trabalenguas. Kalinin argumentó que seguro que a la vieja fea se le trababa la lengua con ése del rey de Constantinopla que quería desconstantinopolizarse,

porque era de los más difíciles que enseñaban en el colegio. Sin embargo, Serena, que había advertido la desventaja en que se encontraba Agrámata al no poder pronunciar las eses al final de las palabras, cambió la estrategia y le pidió que repitiera tres veces el siguiente trabalenguas:

«Paco compra pocas copas y como pocas copas compra Paco, pocas copas paga».

Si Agrámata pensó siquiera en oponerse a la petición nunca lo sabremos, ya que repitió con voz débil pero bastante fidelidad la frase.

—Paco compra pocah copah y como pocah copah compra Paco, pocah copah paga.

Cuando lo repetía por tercera vez, Agrámata empezó a desaparecer. Jamás iba a poder pronunciar las eses porque se las había tragado Arabesco.



Sólo entonces los niños entraron a la cueva de la hechicera. Allí fueron deslumbrados por los tesoros que encontraron. Frente a sus ojos se desplegaban, las primeras palabras que se usaron en el mundo para nombrarlo y comunicarse entre las personas. En un arcón de madera de sándalo perfumada estaban los jeroglíficos desaparecidos, la piedra Roseta, las Tablas de la Ley, los papiros del Mar Muerto, los poemas de Quevedo y el Acta de Fundación del Universo que había dictado el Mago de Todos los Tiempos Verbales.

En un rincón, al interior de la caverna, el Cofre Maravilloso de las Vocales relumbraba como estrella. Serena lo miró largamente antes de tomar entre sus manos ese objeto sagrado.

Al abrir la tapa vio a las vocales amordazadas y agónicas. Las tomó

una a una, les quitó las ataduras, las abrigó y les dio cariño; después las cubrió de palabras dulces hasta que ellas empezaron a revivir y pudieron entrar en un plácido sueño reparador que las devolvería a la vida.

Los tragos, en tanto, muertos de miedo al ver que los niños habían logrado su cometido, se escondieron e inmovilizaron haciéndose pasar por piedras, temerosos de que Súper Inti y Serena los fueran a apresar. Por ello, cuando los seres del bosque les preguntaron qué hicieron los tragos cuando ellos se apoderaron del cofre, los niños repararon en el hecho de que ni siquiera vieron a uno.

Amuletos para el regreso a casa

¿Quién se lo iba a imaginar? Súper Inti tomando el té con la Dama Esmeralda. Ella miraba emocionada a este niño valiente que había logrado recuperar el Cofre de las Vocales y salvar el Bosque del Lenguaje Encantado.

En la sala contigua, Serena, orgullosa de su hermano, les contaba a las hijas cristalinas de la redacción, todas las travesuras de Kalinin... perdón, de Súper Inti cuando era chico.

Todo lo que pudieron haber conversado Kalinin y la Dama Esmeralda quedó en el más absoluto secreto, porque no hubo ningún testigo que pudiera informarlo. Sin embargo,

según relatan los cronistas, hubo un pacto de alianza perpetua entre el mundo mágico y el mundo humano. Asunto que estará por verse.

La Dama Esmeralda acompañó a los niños hasta los límites de su reino. No se cansaba de alabar a Kalinin por su valentía y a Serena por su ingenio y sus conocimientos que les habían permitido obtener el éxito en la misión. Antes de partir, la Dama se acercó a Serena, la besó en la frente, la felicitó por ser buena hermana mayor y le entregó un libro de tapas gruesas y azules.

—Esto es para ti, Serena.

Después, se dirigió a Kalinin y le ofreció pedir lo que quisiera llevarse.

—Creo que lo que más necesito es Paciencia. A veces mis papás se ponen muy difíciles y yo me enojo tanto que no sé qué hacer con tanta

rabia que me da —dijo Kalinin, un poco incómodo de revelar un sentimiento tan secreto.

—Aquí está entonces lo que necesitas —dijo la reina, entregándole una hermosa caja de sándalo—. Esta caja guarda la Paciencia, que es la maestra de la paz. Cuando estés muy enojado, busca esta caja y ábrela. Ella te dará la tranquilidad que requieres para saber qué hacer.

—Cuidado con perderla —le advirtió Serena irónicamente—. Eso sí que sería grave.

Todos rieron ante la ocurrencia de Serena, menos Súper Inti que le sacó la lengua a su hermana, mientras hacían los últimos preparativos para el regreso.

Antes de partir, Arabesco y la Analfabruja se despidieron de los niños. Les dieron un gran abrazo y la

bruja prometió que de ahora en adelante sólo se presentaría en los sueños de Kalinin para ayudar a Súper Inti en sus aventuras. Arabesco también prometió seguir colaborando.

Inmediatamente, la Dama Esmeralda junto a todos sus súbditos acompañaron a los hermanos hasta los abedules más antiguos, donde estaba instalada la casa sobre el árbol.

El hada de los gritos y los susurros, que debe su nombre a que todo lo consigue por las buenas o por las malas, hizo venir al Duende de los Huracanes para que se pusiera a soplar y provocara una tormenta como la que trajo a los niños hasta el Bosque del Lenguaje Encantado y así pudieran regresar.

Una vez en el interior de la casa voladora, Serena curaba las rodillas de Kalinin de las rasmilladuras que se

había hecho en uno de sus aterrizajes y éste, a su vez, secaba las lágrimas de los ojos de su hermana que no deseaba abandonar el Bosque del Lenguaje Encantado.

Serena y Kalinin miraron desconcertados por una de las ventanas de la casa: pudieron ver al hada con dulce mirada de hojas verdes que los despedía agitando pañuelos de pétalos, plumas de tiempos azules y rayos de lunas inmemoriales. En ese momento, nuevamente sintieron un trueno descomunal que hizo crujir toda la casa como si se fuera a destrozarse, mientras la lluvia golpeaba fuertemente puertas y ventanas...




Kalinin sigue soñando

Cuando los padres llegaron del trabajo, encontraron a Kalinin y a Serena profundamente dormidos, y tapados con el plumón en la cama de Serena.

—¡Llegamos niños, levántense que es hora de cenar!

—Estaba soñando con la Analfabruja... —contó confundido a sus padres Kalinin.

—Mala señal —le respondió la mamá, mientras iba a poner la mesa—. Y peor todavía que se te haya ocurrido contarlo antes de cenar —terminó de decir la mamá, con la voz que pone siempre cuando está preocupada.



Cada vez que Kalinin soñaba con la Analfabruja, algo muy malo ocurría. Por eso, cuando Kalinin decía: «soñé con la Analfabruja»; todos lo hacían callar.

—¡Ya, niños! Siéntense rápido que se hace tarde y mañana sí que van al colegio, a pesar de que esta lluvia no cesa —dijo la mamá, mientras corría de un lado para otro en la cocina.

Adormilados y confusos, los niños miraron por la ventana. El cielo se daba vueltas de carambolas para soltar el agua que caía a torrentes.

—La culpa es de tu sueño —le dijo Serena a su hermano, mientras le cerraba un ojo y escondía el gran libro azul titulado *Aventuras de Súper Inti y Analfabruja*. Kalinin, por su parte, acariciaba una pequeña caja de madera de sándalo y sonreía.

Y aunque no pasó por ningún

zapatito roto, sino por los tacones dorados de la Analfabruja, siempre es posible que en un sueño pueda contarte otro.

ÍNDICE

Los sueños de Kalinin	9
La lluvia que no cesa	15
El verde bosque del lenguaje	21
El Cofre Maravilloso de las Vocales.....	26
El bosque en peligro	28
¿Dijeron Analfabruja?	31
Los trastos, la Analfabruja y el robo del cofre	32
La Dama Esmeralda en su prisión de joya verde.....	39
Una casa sobre los abedules.....	43
Despierta el gigante Arabesco y el reino del lugar común	48
Las metamorfosis del amor	53
Una misión para Súper Inti.....	58

Un encuentro sorprendente.....	63
Duendes en el libro y niños en el bosque	69
Muchas pruebas para un solo héroe.....	73
El poder del espejo contra la Bestia Sieteojos	75
El acertijo de la Bruja Esdrújula.....	80
El rescate del cofre	84
Amuletos para el regreso a casa	90
Kalinin sigue soñando.....	95